

CAPÍTULO VI.

Proteccion de san José para con sus devotos en los caminos.

Al recibir nuestro glorioso Santo la órden de llevar al niño Jesús á tierra de Egipto para sustraerle á los furores del cruel Herodes, adquirió otro particular privilegio, y fue, ser protector y guia de los viajeros. De san José hablaba ciertamente Isaías cuando dijo: « Hé aquí que el Señor entrará en el Egipto, «conducido por una ligera nube,» si, como debe creerse, José llevó en sus brazos al divino Niño hasta el Egipto, y luego de Egipto á Nazaret. ¿No era José la bella nube en que el naciente Sol ocultaba todavía sus rayos? En los cielos este Sol dirige el curso de los astros, y los ofusca con su resplandor. Sobre la tierra envuelto en mantillas y reposando sobre los brazos de su Padre adoptivo, no tenia otros movimientos, dicen Alberto el Grande y el abad Ruperto, que los que de él recibía. Además, los servicios que san José prestaba entonces á Jesús niño y viajero, hoy día los presta aun á sus devotos

cio. se avergonzaba de sí misma; y cerrando

siervos en los peligros y contratiempos á que están expuestos los viajeros. Citarémos algunos ejemplos.

Un religioso del monasterio de Nuestra Señora de Monserrat en España era muy devoto de san José; y entre todos los motivos de meditacion que le ofrecia la vida del santo Patriarca no habia otro de que se ocupara con mas fervor y consuelo que de su huida á Egipto con la Virgen María y su divino Hijo. Volviendo un dia á su monasterio este buen religioso, perdió la ruta, y se extravió en las montañas á la entrada de la noche. Su terror fue grande al considerar el peligro en que estaba de ser presa ó de las bestias feroces, ó de los malhechores que se ocultaban en aquellos lugares salvajes. Lleno de estos tristes pensamientos, se encomendaba al Señor, cuando encontró á un desconocido que conducia á una señora montada sobre una bestia de carga, llevando en los brazos un pequeño niño. El religioso le preguntó qué camino tomaria para no extraviarse. «Si «quereis seguirnos, le respondió el desconocido, yo os lo enseñaré; es difícil, y por «otra parte la noche comienza á oscurecer,

«pero no importa, porque yo conozco todos «los senderos.» Se acompañaron mutuamente, y caminaron largo tiempo, conversando siempre, pero de una manera tan santa, que nuestro religioso, movido y enternecido de todo lo que decían la señora y su conductor, sintió su corazón todo inflamado del amor de las cosas del cielo, y lleno de una consolación semejante á la que en otro tiempo experimentaron los dos discípulos de Emaús con la compañía de Jesucristo oculto bajo la figura de un viajero. En fin, llegaron á un paraje en que el religioso reconoció el camino que en pocos momentos le llevaría recto á la puerta del monasterio. Entonces los desconocidos le pidieron permiso para retirarse, y desaparecieron instantáneamente. Con esto el religioso reflexionó que no podía ser otro que san José, en unión de Jesús y María, el que había venido á acompañarle y sacarle del mal paso en que estaba enredado. Las palabras de estos celestiales viajeros le quedaron profundamente grabadas en el corazón, y su dulce impresión la conservó hasta el último suspiro. (*Gracian, Vida de san José*).

cio. se avergonzaba de sí misma; y cerrando

La venerable madre María de la Visitación, carmelita descalza, tuvo el honor de que san José fuese su guía en un viaje. Desde muy joven vivía santamente en la casa paterna. Sin embargo, Dios la quería en el claustro, y para conducirla á él empleó un medio extraordinario. Le imprimió un sentimiento tan vivo de sus miserias, que creyó desde luego ser el escándalo del país... Su confesor y otros eclesiásticos se propusieron combatir la vivacidad de este sentimiento, cuyo exceso podía hacerla caer en una pusilanimidad siempre nociva á la virtud; pero sus esfuerzos fueron inútiles: en consecuencia resolvió salirse de su casa una noche secretamente, con la intención, según lo confesó después, de huir de sí misma, si le era posible. En efecto, salió sin otra compañía que un Crucifijo que bañaba con sus lágrimas. Después de haber caminado una gran parte de la noche, encontró á un venerable anciano que le preguntó á dónde iba. «Voy,» respondió ella, en solicitud de huir de mí «misma y de mis pecados.» Entonces el anciano trazó con su bastón un círculo en torno de ella, y enseñándole el camino que con-

duce á Palencia, le dijo: «Tomad este camino, «de otra suerte os extraviaréis.» Dichas estas palabras, desapareció. No tardó la jóven fugitiva en conocer que quien le habia hablado era san José, su protector particular desde la infancia; y que el círculo trazado á su derredor y el camino indicado era una órden de ir á Palencia á encerrarse en una clausura religiosa. Por tanto marchó hácia esta ciudad. Pero antes de llegar á ella fue alcanzada por algunos de sus parientes que, á la nueva de su fuga, se pusieron en camino para hacerla volver de grado ó por fuerza. La llenaron de reproches; pero ella les escuchó sin responder palabra, y, fortificada interiormente con la órden que habia recibido del cielo, permaneció invencible en su resolucion. Entonces sus parientes, vencidos por su dulzura y su firmeza, tomaron el partido de acompañarla hasta Palencia, y como guiados por un secreto impulso la condujeron á un convento de Carmelitas descalzas que allí habia bajo la invocacion de san José. Fue luego recibida como religiosa de coro; pero este rango le pareció muy elevado para sus méritos. Frecuentemente, á la mitad del ofi-

cio, se avergonzaba de sí misma; y cerrando el Breviario, y levantando los ojos y las manos al cielo, exclamaba: «¿Y mi alma, Señor, y mi alma?» Su temor era de perderse, si permanecía en el rango de las religiosas de coro. Por tanto, pidió con instancia bajar entre las hermanas conversas; lo que le fue concedido, por dar á toda la comunidad en la persona de esta humilde vírgen el ejemplo de una virtud consumada desde la juventud.

Una de las pruebas usadas para los novicios de la Compañía de Jesús es enviarlos á que ensayen la vida apostólica en las peregrinaciones que emprenden sin dinero ni provision alguna, á riesgo de experimentar los efectos naturales de tal vida, como son, las fatigas, el hambre, la sed, y otras semejantes privaciones. Tres novicios que hacian su peregrinacion se encontraron un dia en una vasta llanura alejada de toda habitacion, extenuados de debilidad, de hambre y de sed, sin tener un bocado de pan ni una gota de agua para refrigerarse; pero estando llenos de fervor, y ávidos de padecer, se consolaban y alentaban mútuamente, con la espe-

ranza de que si la tierra les rehusaba los socorros, el cielo sabría proveerles. En efecto, la extrema necesidad á que estaban reducidos los tres jóvenes peregrinos fue para ellos el principio de un señalado beneficio. Repentinamente vieron en la campiña á un hombre y una mujer que en sus brazos llevaba un niño pequeño. Estos desconocidos, acercándose á nuestros tres novicios, les saludaron con gracia, y pusieron delante de ellos unos manjares de sabor exquisito. Los jóvenes, maravillados igualmente de una comida tan deliciosa, y de la amable cortesía de los que les servían, deseaban mucho saber el nombre y la cualidad de sus huéspedes, para manifestarles todo el reconocimiento que merecía un socorro venido tan oportunamente, mas bien del cielo que de la tierra; pero la modestia, ó quizás tambien la timidez, no les permitió preguntarles cosa alguna. Al fin su piadosa curiosidad iba casi á quedar satisfecha, cuando les oyeron pronunciar distintamente estas palabras: «Nosotros somos quienes fundaron la Compañía de Jesús;» y al momento desaparecieron. Bien puede imaginarse cuán dulce y vivo sería el

gozo que en sus corazones dejaron esas palabras, que tan claramente les indicaban á Jesús, María y José. Al momento se prosternaron para venerarlos y darles gracias: despues continuaron su camino bendiciendo al Señor, y animándose unos á otros á manifestarse siempre dignos siervos y verdaderos hijos de esos celestiales bienhechores, que durante su vida fueron modelos perfectos de la vida religiosa. Así se complacian en reconocer y contemplar en san José la vigilancia del superior, en María la virtud del religioso consumado, y en el niño Jesús la simplicidad y docilidad del novicio.

La venerable hermana Cecilia Portazo, del Orden tercero de san Francisco en Milan, se distingue por su devoción á san José. Una de las prácticas que en su honor hacia era ayunar á pan y agua todos los miércoles. En todas sus necesidades espirituales y temporales acudia á su querido protector; lo que la mereció un favor milagroso. Hé aquí cómo sucedió: Cecilia, en union de algunas piadosas compañeras, habia hecho la peregrinacion á Nuestra Señora del monte Drepano, en Sicilia. Á la vuelta ó regreso, el bar-

co que debía conducir las levanta anclas, sin llevarlas, dejándolas por la noche en la orilla del mar á mucha distancia de Palermo. Cecilia, mientras que sus compañeras espantadas se abandonaban al dolor y á las lágrimas, recurrió á su refugio ordinario, y no recurrió en vano. Repentinamente se presenta delante de ellas un venerable anciano, vestido de viajero y con un báculo en la mano, y se ofrece á servirles de guia en las tinieblas de la noche; despues les dice: «Hijas mias, tambien es necesario que os descargueis de vuestro equipaje: hé aquí un jóven servidor que lo conducirá.— Buen anciano, respondieron las hermanas, con gusto aceptamos vuestros caritativos servicios; pero tendréis mucho que caminar, porque el lugar donde debemos pasar la noche está muy léjos de aquí, es la calle de San José.— «¡ Ah! replicó el anciano, en esa misma calle habito yo; vamos, pues, hijas mias, marchemos, y no tengais miedo.» Y en efecto las acompañó hasta el lugar indicado, dejando el equipaje en el dintel de la puerta. Mas cuando las hermanas se volvieron para darle las gracias y despedirse, ya habian des-

para establecer una verdad tan importante.

aparecido el anciano y el jóven. Admiradas de este prodigio, y ponderando las circunstancias, se vieron abligadas á reconocer en su caritativo guia á san José, protector de Sicilia, y en el jóven portador de su carga, ó al Hijo adoptivo de san José, ó alguno de sus Ángeles de guarda.

La venerable hermana Juana Rodriguez, tambien de la tercera Orden de san Francisco, recibió de san José una visible asistencia en recompensa de la singular devocion que le tenia. Caminaba con otra mujer, cuando espesas nubes cubrieron el horizonte, amenazándolas una horrible tempestad. Llena de terror la compañera de Juana, buscaba con los ojos un asilo, sin poderlo descubrir. Repentinamente vieron aparecer un desconocido, que con mucha gracia les ofreció ser su compañero de viaje, asegurándoles que el agua no las incomodaria. Bien pronto comenzó á llover, el agua caia á torrentes, y parecia que el cielo se derretia; y sin embargo los caminantes no recibieron ni una gota, y ni aun los piés se les humedecieron. Á vista de este prodigio, Juana conoció quién podria ser su guia. Se acercó á él, y viéndole

con atencion, conoció á san José, su muy amado protector. Para colmo de su consuelo, el Santo comenzó á hablarles de las vanidades del mundo y de sus bienes; del precio inestimable de la gracia, y del amor de Dios sobre todas las cosas, hasta que llegando al término del viaje, vieron que el Santo desapareció con la violencia de un relámpago.

El P. Jerónimo de Pistoya, religioso capuchino y misionero apostólico, volvia por orden del Soberano Pontífice á Venecia, donde debia embarcarse para la isla de Candía con un compañero de viaje. Á cierta distancia de Venecia, los dos Padres, que caminaban de noche, perdieron la senda y se extraviaron. Cansados de fatiga y privados de todo recurso humano, se arrodillaron para invocar á Jesús, María y José, suplicándoles les socorriesen en tan extrema necesidad. Era difícil que no fuese escuchada una oracion tal, puesto que el P. Jerónimo era del número de los mas devotos siervos de san José. Los religiosos distinguieron á alguna distancia una luz que les pareció ser de alguna lámpara. Se dirigieron hácia ella, y

para establecer una verdad tan importante.

pronto llegaron á una casa pequeña habitada por tres personas, á saber, un hombre entrado ya en edad, una mujer y un niño, todos tres de una belleza incomparable, que recibieron y trataron á sus huéspedes con una admirable caridad. La mañana siguiente, al despertar los dos religiosos se encontraron en medio de una pradera, y mirando á todas partes no vieron la casa donde se les habia hospedado. Entonces no dudaron que quienes les recibieron, alimentaron y alojaron en la víspera con tanta bondad, fuesen Jesús, María y José, y les dieron mil acciones de gracias por este insigne favor ¹.

La consecuencia de los hechos maravillosos referidos en este capítulo será la que saca el sábio Eckio, que en una de sus homilias sobre san José se expresa de esta suerte: «Que todos los que tengan que emprender viajes peligrosos, y atravesar comarcas inhospitalarias, se pongan bajo la guarda de san José, y le pidan la proteccion, la seguridad y confianza de que tienen necesidad.»

¹ Cronic. de los Franciscanos.

CAPÍTULO VII.

Proteccion de san José á sus devotos en la hora de la muerte.

Si es cierto que san José es protector de todos los agonizantes, me atrevo sin embargo á decir que aun es mas evidente que reserva los cuidados mas afectuosos y las expresiones mas tiernas de su amor para los que durante su vida se han distinguido por su devocion hácia él, y por el fervor de los homenajes que le prestaran. El primer José, durante el hambre, consolaba á los egipcios, distribuyéndoles el trigo de que habia hecho provision; pero para consolar á sus hermanos hizo algo mas: no contento con llenar de trigo sus sacos, hizo que se les volviese la misma suma que habian dado por precio de la venta. Nuestro glorioso san José tratará aun con mayor generosidad á sus siervos devotos: él sabrá en el momento de su mayor necesidad, esto es, á la hora de la muerte, pagarles con usura los piadosos homenajes que le hayan prestado. Los ejemplos son mas eficaces que los racionios

para establecer una verdad tan importante. Hé aquí, pues, algunos.

La venerable hermana Pudenciana Zagnoni, célebre en la Orden de san Francisco por la eminencia de sus virtudes, toda su vida habia tenido una gran devocion á san José. En la hora de su muerte fue recompensada con el mas bello y el mas dulce de sus favores. Le apareció el Santo, y personalmente la ayudó á bien morir; y para colmo del consuelo llevaba en sus brazos al niño Jesús, que es el gozo de los Ángeles, la belleza del paraíso y la vida de las almas inocentes. No es posible explicar la dulzura y los tiernos afectos de que fue inundado el corazon de la enferma: baste decir que las religiosas que la asistian tambien se penetraron de ellos, cuando la oyeron dirigir la palabra tanto á san José como al divino Niño; darle gracias al uno por haberle hecho una visita que le hacia gustar con anticipacion las delicias del paraíso, y al otro por venir bajo una forma tan amable á convidarla al festin de las bodas que tiene preparadas en el cielo á las vírgenes sus esposas. Los movimientos y miradas de la en-

ferma indicaban que san José habia hecho alguna cosa mas, y que habia puesto entre sus brazos al niño Jesús, como para delinear en su devota sierva la bienaventurada muerte que él tuvo en Nazaret en los brazos del Salvador divino ¹.

El venerable siervo de Dios Alejo de Vigevano, religioso capuchino, coronó una vida llena de méritos con una muerte llena de dulzura. Poco antes de espirar rogó á uno de los hermanos que lo asistian, que encendiese muchas velas. Admirado este de su pretension, quiso saber la causa. «Es, respondió el enfermo, que Nuestra Señora, con su esposo san José, deben venir á visitarme por algunos momentos, y es muy conveniente que sean recibidos con todo el respeto posible.» Un instante despues pudo convencerse de que ya se habia realizado esta gloriosa visita, porque el moribundo exclamó lleno de alegría: «Hé aquí á la Reina del cielo, hé aquí á san José; arrodillaos, Padres míos, para recibirles dignamente.» Al instante entregó su alma entre sus brazos, recogiendo él los primeros

¹ Crónica de los Franciscanos.

frutos de la presencia de María y de José. Sucedió esto el 19 de marzo, dia consagrado al triunfo de san José, que, para recompensar á este buen religioso la devocion ferviente que siempre le habia tenido, vino el mismo dia de su festividad á sacarle del destierro, y hacerle gozar con él de un triunfo eterno.

Ya hemos visto venir á san José con solo Jesús para asistir á una alma; le hemos visto venir con sola María para asistir á otra: ahora le verémos venir á la vez con Jesús y María. San Vicente Ferrer refiere el hecho. Un piadoso comerciante de Valencia en España, cada año, el dia de Navidad, hacia una práctica piadosa en honor de Jesús, María y José. Consistia en recibir en su mesa tres pobres, un anciano, una mujer y un niño. La fe le representaba como infaliblemente verdadera esta palabra del Salvador: «Todo lo que hagais con un pobre, conmigo lo haceis;» y por lo mismo, recibiendo á estos tres pobres, creia recibir en persona á Jesús, María y José. El caritativo comerciante despues de muerto apareció á varias personas que rogaban por él, y les dijo que

al momento último de su vida le visitaron Jesús, María y José, dirigiéndole esta invitación: «Puesto que durante tu vida nos has «recibido á los tres en tu casa, hoy venimos «los tres para recibirte en la nuestra.» Y añadió, que tan luego como habian recibido su alma, la condujeron al glorioso festin del paraíso. ¡Dichoso comerciante que supo hacer un tráfico tan ventajoso, y colocar sus fondos en las manos de Jesús, María y José!

Una de las mas ilustres hijas del Carmelo reformado, la venerable Ana de San Agustín, tuvo la felicidad de ser visitada á la hora de su muerte por san José acompañado de otros muchos bienaventurados. Algunas religiosas que la asistian participaron de este favor, viendo con sus propios ojos al celestial cortejo que el Señor enviaba á su fiel esposa para conducirla en triunfo á los eternos tabernáculos. Entre los bienaventurados se distinguian san José y santa Teresa. La moribunda, viendo su celda convertida en cielo, dió muestras de una alegría extraordinaria: y segun sus movimientos y miradas, parecia que estaba recibiendo á los huéspedes celestiales que entraban á visitarla.

No pudiendo contener el exceso de su alegría, exclamó tres veces: «¡Mis Padres, mis «Padres, mis Padres!» invitando con estas palabras, que fueron las últimas que pronunció, á los religiosos que se hallaban presentes, á considerar este bello espectáculo, y á venerar á san José, que con su amada hija santa Teresa venia para recibir su alma y conducirla al cielo. En efecto, una carmelita de gran virtud, que habitaba en distinto convento, estando suplicando á Dios que prolongase los dias de la enferma, la vió subir gloriosamente al cielo entre san José y santa Teresa, seguida de Ángeles y de los Santos que componian el cortejo ¹.

Un religioso agustino muchos meses despues de su muerte apareció á otro religioso de la misma Órden; y le dijo que sufría tormentos horribles en el purgatorio, y que apenas habia escapado de las llamas del infierno; pero que el Señor se habia dignado remitirle la condenacion eterna, porque durante su vida constantemente se habia manifestado devoto del glorioso san José, que

¹ Historia de la Reforma del Carmen.

en cualidad de padre adoptivo del soberano Juez todo lo puede en su tribunal.

Permitásenos añadir á lo referido de nuestro piadoso autor un beneficio que, hace algunos años, concedió san José á una persona que hemos conocido particularmente.

Juan Grange, hermano coadjutor de la Compañía de Jesús, tenia una completa filial devocion á san José. Una de sus prácticas habituales era rezar diariamente sus letanías y otras oraciones en su honor. Bajo la direccion y el ejemplo de este gran Santo se habia dedicado con especialidad á la vida interior; y para tener menos ocasiones de perder el recogimiento en su empleo de cocinero, aunque era bastanté débil, preferia trabajar él solo, que tener ayudantes que le obligasen á quebrantar el silencio. En 1834 sus superiores le enviaron á descansar á Saint-Acheul, porque su salud, que siempre habia sido bastante delicada, se alteró sensiblemente en el invierno; pero léjos de adquirir nuevas fuerzas, acabó de debilitarse, y al fin cayó en un deterioro tal, que solo anunciaba una próxima muerte. Aunque no

se dudaba del peligro de su estado, él no fue menos fiel á sus ejercicios religiosos, y mientras pudo jamás cesó de invocar con el corazón y con la boca al que tanto tiempo habia honrado como á patron de los agonizantes. Los que le asistian en su enfermedad observaron que siempre que le sugerian que invocase á Jesús y María jamás dejó de repetir sus nombres, añadiendo además el de san José, su querido protector. No se hizo esperar mucho la recompensa de una tan constante y tan viva devocion. Poco antes de su muerte, habiendo observado el enfermero que con un aire risueño tenia fijos los ojos en un ángulo del aposento, le preguntó qué miraba con tanta atencion y alegría. «Á san José, respondió él... á san José!» Replicó el enfermero: «¿Sin duda viene á buscarle?—Muy pronto,» dijo el enfermo. Algunos momentos despues espiró, dejando á todos sus hermanos persuadidos de la felicidad que experimenta una alma devota en ese último trance cuando abandona al cuerpo, para caer en las manos de un tan generoso y poderoso amigo. Esta muerte feliz acaeció el 20 de setiembre de 1834.